

Pasaron cuarenta días antes de que los espías volvieran.



Llegaron con buenos frutos de la tierra.



“¡Es buena tierra!”

“Pero su gente es más fuerte que nosotros.”



“Nos deberíamos haber quedado en Egipto.”

“¡Volvámonos!”

“Busquemos un nuevo caudillo.”



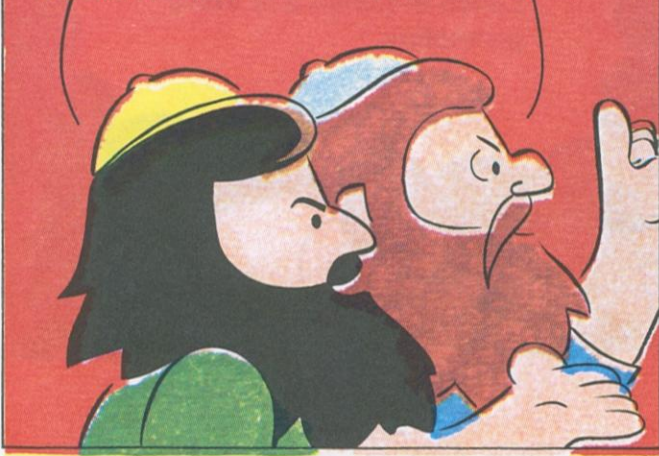
Moisés estaba triste. Aarón estaba triste. Al fin ellos dos se fueron.



¡Josué se disgustó; también Caleb! Le estuvieron hablando al pueblo todo el día.



“¡Tomaremos esa tierra!”
“¡Empecemos!”



“Dios está con nosotros,
y ganaremos.”

La gente recogió piedras y
pedruscos -



- y por poco les dan sus
buenos golpes.

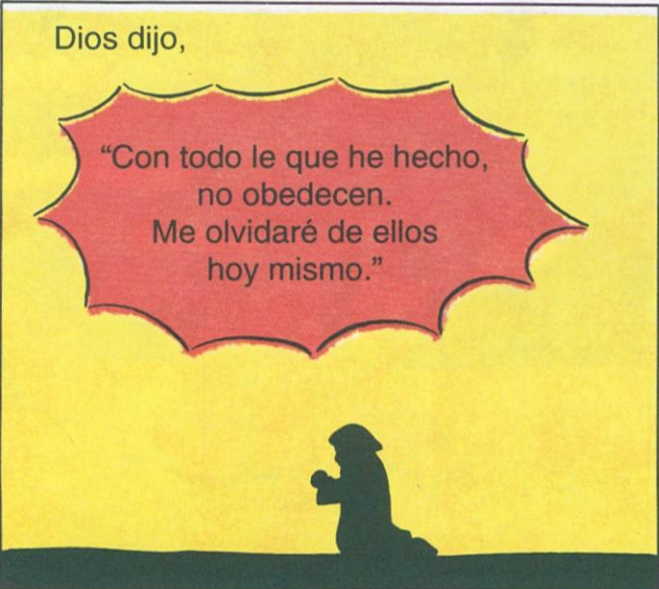


Moisés fue a orar a Dios.



Dios dijo,

“Con todo lo que he hecho,
no obedecen.
Me olvidaré de ellos
hoy mismo.”



Moisés le pidió que los perdonara.

“Los perdono por ti.
Mas, no entrarán en la
tierra, prometida! Ellos
tendrán que pastorear
por el desierto durante
cuarenta años.”

“De los que ahora son
adultos, sólo Josué y
Caleb entrarán a la tierra
prometida.”



Más tarde los hombres de Amalec
vinieron persiguiéndolos. Los de
Canaán también los perseguían.



Tuvieron que huir al desierto.



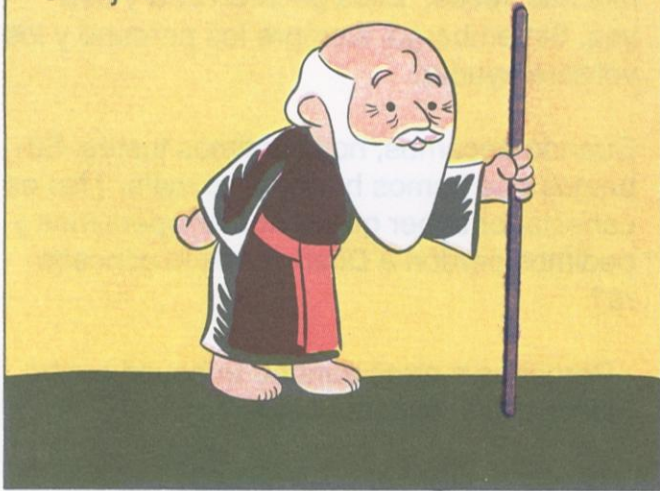
Los israelitas pasaron cuarenta años
pastoreando en el desierto.



Dios les daba maná todavía.
No los olvidaba.



Moisés
envejeció.

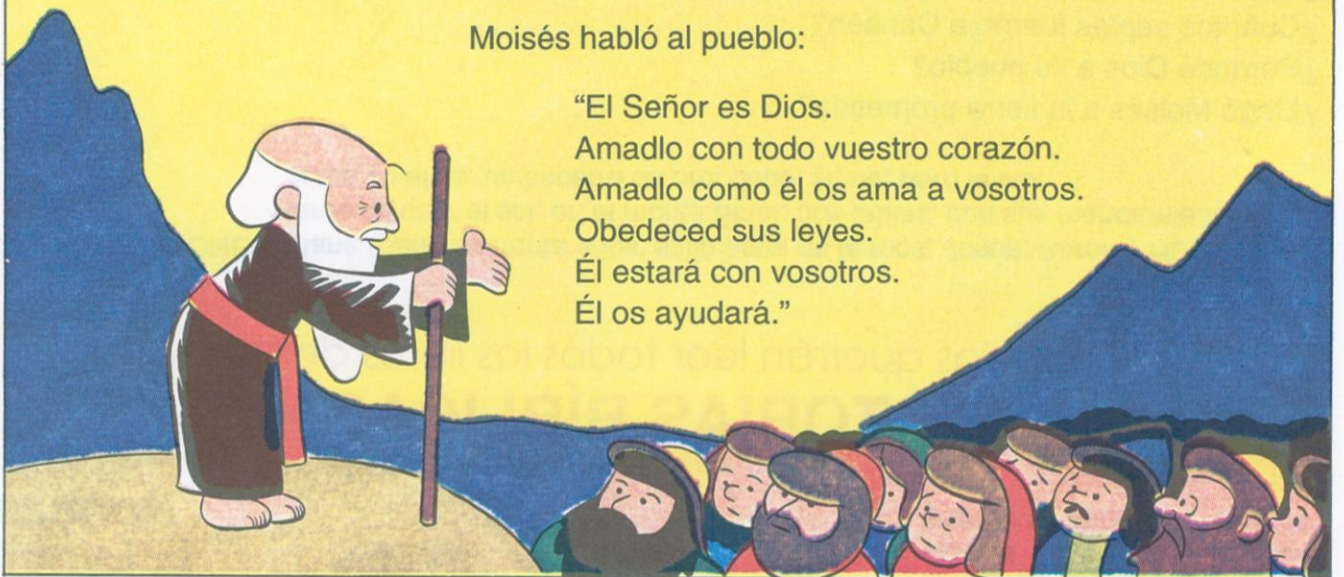


Dios le mandó nombrar a Josué como
caudillo. Él así lo hizo.



Moisés habló al pueblo:

“El Señor es Dios.
Amadlo con todo vuestro corazón.
Amadlo como él os ama a vosotros.
Obedeced sus leyes.
Él estará con vosotros.
Él os ayudará.”



Moisés subió
al monte
Nebo.



Moisés murió en el monte
Nebo. Antes de morir,
mirando al otro lado del
río Jordán, ¡Vio la
tierra prometida!

